

VERSALLES

(De Albert Samain)

I

Oh Versailles! En esta triste tarde marchita
¿Porqué el recuerdo tuyo se enciende en mi memoria?
El ardor del estío se va alejando lento,
Y el otoño los campos y los boscajes dora.
En este día en calma quiero ver nuevamente
Tus verdes aguas, llenas ya de amarillas hojas,
Y aspirar, entre el oro vespéral, tu belleza,
Que lejos, del recuerdo, surge más luminosa.
Y vuelvo a ver tus pinos en cono, y tus tritones,
Tus jardines, deleite del Rey Luis, y tu pompa
Fulgurante de cascacos, de aceros y de plumas.
Como un gran lirio muere, noble y triste, tu gloria,
Y cae de tus pilas el agua, ya agotada,
Con un leve susurro, cual sollozo en la sombra.

II

Urbanidad. Nobleza. Cortesía a la antigua.
Galantes reverencias. Modales cortesanos.
Manos ducales, manos que asoman entre encajes,
Créqui, Fronsac, ¡qué nombres con brillantez de raso!
Blancas manos de Reinas en clavicordios. Graves
Antífonas de Obispos ante el Delfín. Saraos,
Minuetos y pavanas, y aquella gracia en todo,
Y aquel gentil donaire que se decía “austriaco”.
Princesas adorables de sangre azul, Princesas
Cuyas almas los siglos en castas maceraron;
Condes, Duques, Marqueses con casacas bordadas. . .
¡Todo un mundo galante, loco, audaz y gallardo,
Con sombreros de plumas, y espada, y sobre todo
El desdén de la muerte, como flor, en los labios!

III

Espejos de Sajonia do el Pasado se mira. . .
Despierta, con mis pasos, un remoto prestigio:
Escuchando “Zemira”, la Reina en claras noches
Aquí se abanicaba, soñadora, en estío.
Oh visiones: las faldas con guardainfante, polvos

Lunares, y cual vago perfume, el aire antiguo,
Aire de “Vieja Francia” que aquí se aspira, y siempre
El olor penetrante de bellos tiempos idos.
Mas la angustia invencible que el corazón me oprime,
A la luz del crepúsculo, casi desvanecido
En las sombras nacientes, es el Trianón callado,
El Gran Triatón desierto, y el desierto vestíbulo
Donde el otoño inclina su cabellera, al agua,
Divinamente triste, del gran Canal dormido.

IV

Las Gracias se alejaron del bosque de Vertunnio.
La sombra que de mármol en mármol lenta avanza
Y a veces se detiene con paso vacilante,
Ay! Es el Genio en duelo de las antiguas razas!
Algo de tu belleza corre por nuestra sangre,
¡Oh Palacio, horizonte supremo de terrazas,
Esa es la voz de encanto que os presta el sol poniente
Al dorar los espejos en las desiertas salas!
¡Oh glorias de que fuisteis en siglos el ornato,
Almas deslumbradoras bajo fulgor de lámparas!
Tardes de oro. . . Versailles!...

Mas ya la sombra llega. . .

Mas ya la sombra llega...

Y siento de repente gran dolor en el alma,
Porque oigo el ruido sordo de ola negra en la sombra
Como una catapulta del Tiempo en las murallas.

Ismael Enrique ARCINIEGAS

Enero, 1928.

(El autor de la anterior versión prefirió para su trabajo el consonante a fin de conservar en español, en cuanto fuera posible, todo el encanto y vaguedad de matices del original, porque la rima perfecta fuerza indefectiblemente a todo traductor a hacer supresiones, cambios o adiciones en las piezas que vierte. En español hay buenas traducciones en rima perfecta, pero son “bella infieles”, como “La Oración por todos”, hecha por don Andrés Bello. No queda duda de que los “versallismos” de Rubén Darío fueron inspirados en Samain, poeta muerto hace veintiocho años).

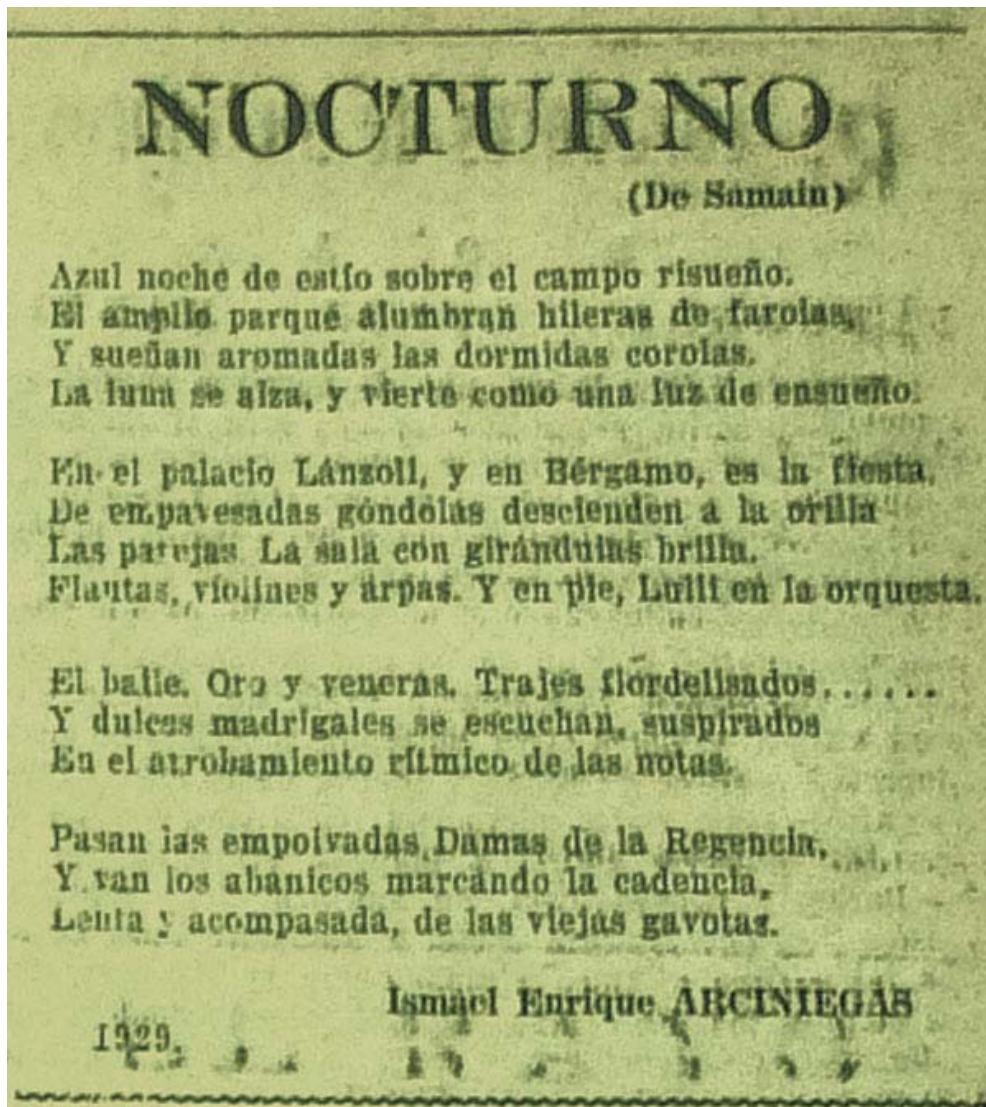
Como gran flor. . .

(De Albert Samain)

Como gran flor que el peso de su corola inclina,
A veces en mis brazos tu talle se reclina.
Y en mí los ojos clavas verdes y relucientes,
Con radiosa sonrisa do espejean tus dientes. . .
Te abrazo, y en el éxtasis que mi sér embelesa
Siento el áspero goce de la fiera en la presa
Sonríes. . . y mi alma se estremece abstraída
Al borde del deleite viéndome suspendida.
Y el corazón me muerde con ímpetu el deseo
De llevarte a la muerte, viva, como te veo.
Fijo en los ojos tuyos, do una llama destella,
Voy bajando a tu alma para fundirme en ella,
De tu veste entreabierta, de amplios pliegues flotantes,
Do la piel, en fulgores, reluce por instantes,
Sube un cálido vaho como un perfume ardiente,
Perfume que me turba, y entonces, lentamente,
Con los ojos cerrados, y entre tus brazos preso.
Cojo sobre tus dientes la rosa de tu beso.

Ismael Enrique ARCINIEGAS

Nocturno



«Nocturno», *El Nuevo Tiempo Literario*, Bogotá, n.º 112, 21 de abril de 1929.

«Nocturne», en: *Au Jardin de L'Infante*.

NOCTURNO

(De Samain)

Azul noche de estío sobre el campo risueño.
El amplio parque alumbran hileras de farolas,
Y sueñan aromadas las dormidas corolas
La luna se alza, y vierte como una luz de ensueño.
En el palacio Lánzoll, y en Bérghamo, es la fiesta
De empavesadas góndolas descienden a la orilla
Las parejas. La sala con girándulas brilla.
Flautas, violines y arpas. Y en pie, Lulli en la orquesta.
El baile. Oro y veneras. Trajes flordelisados.
Y dulces madrigales se escuchan, suspirados
En el arrobamiento rítmico de las notas.
Pasan las empolvadas Damas de la Regencia,
Y van los abanicos marcando la cadencia,
Lenta y acompasada, de las viejas gavotas.

Ismael Enrique ARCINIEGAS

1929

Otoño

Otoño

(De Albert Samain)

Del perro en compañía, y ambos con lento paso
Rehacemos la senda sombrasa que va al monte.
Un otoño muy pálido tiñe en sangre el ocaso,
Y mujeres en duelo cruzan el horizonte.

Como en patio de hospicio o de prisión, dolida
La voz del viento se oye por penumbras desiertas,
Y hojas y hojas de oro ruedan por la avenida,
Así como recuerdos sobre más hojas muertas.

Entre ambos va el Silencio; y seguimos callados,
Y con distinto anhelo, del viaje fatigados,
Cada uno, egoísta, sueña volver al puerto.

Y en el bosque, esta noche, hay tal melancolía
Que olvidan nuestras almas, en el morir del día,
Hablar de lo pasado, bajo un azul incierto.

Suavemente, en voz baja, como de un niño muerto.

Ismael Enrique ARCINIEGAS

1929

«Otoño», *El Nuevo Tiempo Literario*, Bogotá, n.º 11, 13 de abril de 1929.
«Automne», en: *Au Jardin de L'Infante*.

Otoño

(De Albert Samain)

Del perro en compañía, y ambos con lento paso
Rehacemos la senda sombrosa que va al monte.
Un otoño muy pálido tiñe en sangre el ocaso,
Y mujeres en duelo cruzan el horizonte.
Como en patio de hospicio o de prisión, dolida
La voz del viento se oye por penumbras desiertas,
Y hojas y hojas de oro ruedan por la avenida,
Así como recuerdos sobre más hojas muertas.
Entre ambos va el Silencio; y seguimos callados,
Y con distinto anhelo, del viaje fatigados,
Cada uno, egoísta, sueña volver al puerto.
Y en el bosque, esta noche, hay tal melancolía
Que olvidan nuestras almas, en el morir del día,
Hablar de lo pasado, bajo un azul incierto.
Suavemente, en voz baja, como de un niño muerto.

Ismael Enrique ARCINIEGAS

1929